historiareciente

julio '07

16/25

DESDE HIROSHIMA A LAS TORRES GEMELAS

EL PAIS



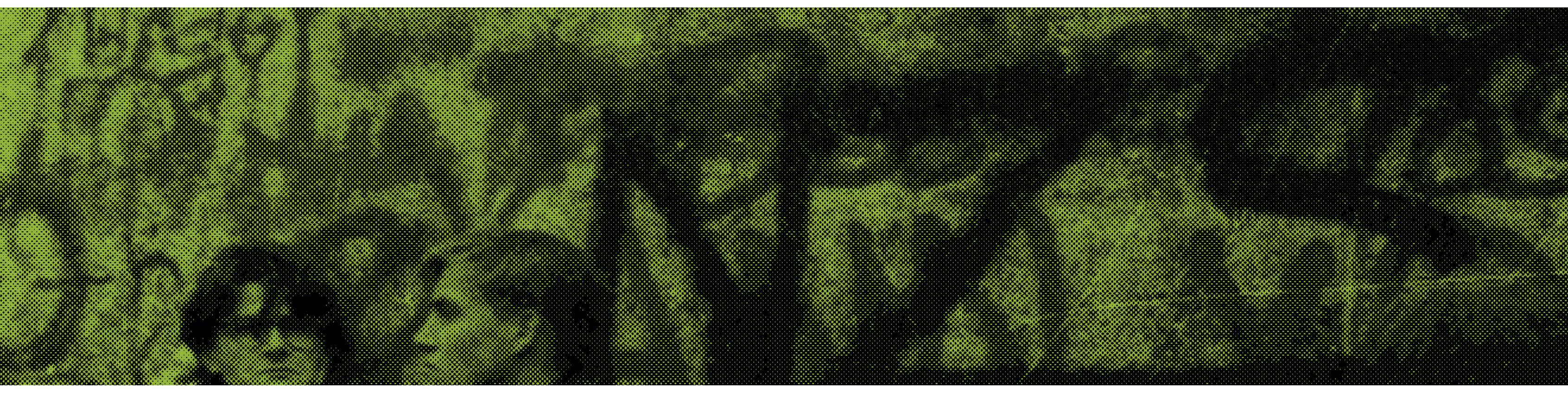
LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN



REVOLUCIONES PACÍFICAS EN EUROPA / VUELTA AL MAPA DE NUESTROS ABUELOS



El hundimiento del socialismo real



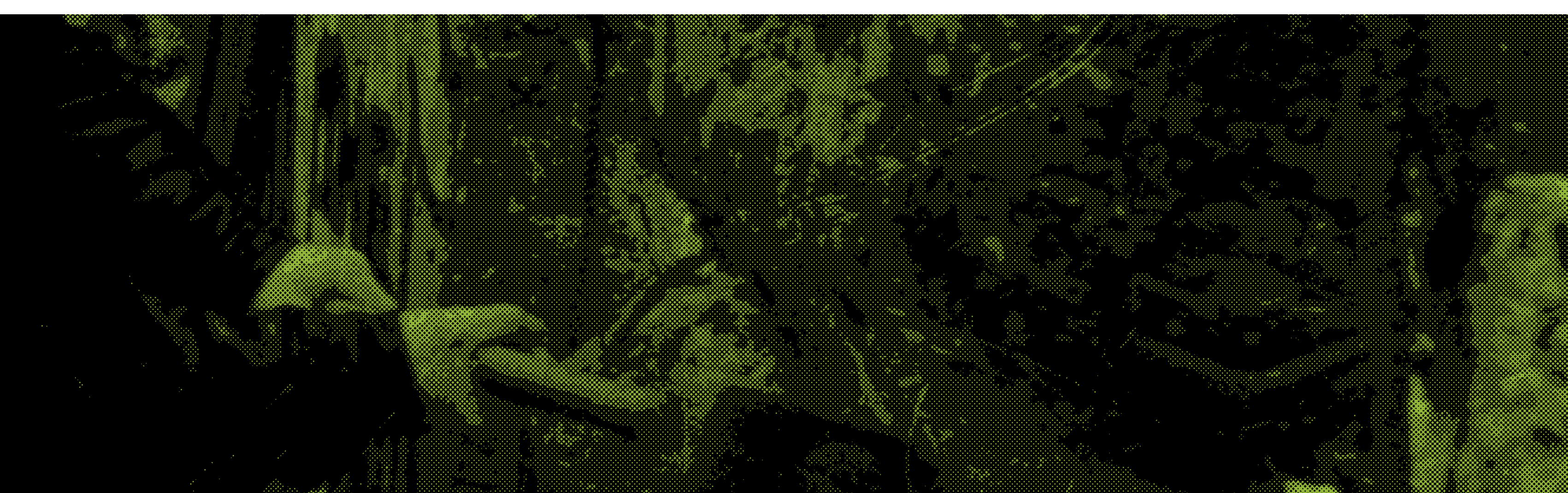
16/25



ÍNDICE DEL FASCÍCULO

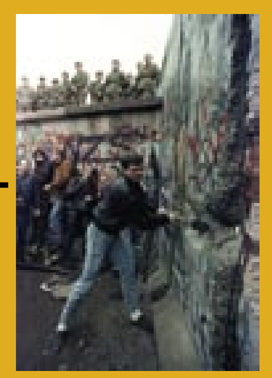
El derrumbe de la Unión Soviética

RECUADROS



△ **9 de noviembre de 1989:** el muro de Berlín cae y cambia la historia.

lafotodeportada



INTRODUCCIÓN

Las mujeres y hombres del siglo XXI hablamos de 1789 (el año de la Revolución Francesa) como un momento que cambió la historia. Es muy probable que dentro de algunos siglos se diga lo mismo del año 1989. Y todos notarán, por supuesto, que 200 años exactos separan ambas fechas.

En apenas seis meses del año 1989, todos los países de Europa Oriental abandonaron el bloque soviético. El primero que lo hizo fue Polonia, tras una larga lucha que la llevó a instalar el 24 de agosto su primer gobierno no comunista. El siguiente país fue Hungría, que declaró su Tercera República el 23 de octubre. Por esos mismos días fue depuesto Eric Honecker, el líder de la Alemania comunista. El 10 de noviembre cayó el búlgaro Todor Zhivkov y un mes más tarde lo hizo el checoeslovaco Gustav Husak. En Rumania, el dictador Nicolae Ceausescu y su esposa fueron fusilados el 22 de diciembre.

Unas semanas antes, el 9 de noviembre de 1989, ocurrió uno de los episodios más significativos de todo el siglo XX: cayó el muro de Berlín, esa pared de 156,4 kilómetros de largo que durante cuatro décadas había mantenido dividida a la antigua capital de Alemania. Junto con el muro se terminó de

1980

[...] Unas semanas antes, el 9 de noviembre de 1989, ocurrió uno de los episodios más significativos de todo el siglo XX: cayó el muro de Berlín, esa pared de 156,4 kilómetros de largo que durante cuatro décadas había mantenido dividida a la antigua capital de Alemania. Junto con el muro se terminó de derrumbar lo que, muchas décadas atrás, Winston Churchill había llamado "la cortina de hierro".

derrumbar lo que, muchas décadas atrás, Winston Churchill había llamado "la cortina de hierro". En un período que abarcó pocos días, decenas de millones de habitantes de Europa Oriental pasaron a Occidente y pudieron explorar un mundo del que apenas tenían referencias.

Pero los cambios no terminaron allí. El 8 de diciembre de 1991, los presidentes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia (tres de las hasta entonces llamadas "repúblicas soviéticas") hicieron público un documento en el que se desvinculaban de la Unión Soviética. Una de las dos grandes potencias que habían protagonizado la Guerra Fría estaba dejando de existir. Pocos días más tarde, el 24 de diciembre, Mikhail Gorbachov dejó su cargo de presidente y no se designó un sucesor. Días después, en el Kremlin ya no se izaba la bandera roja con la hoz y el martillo, sino el mismo pabellón blanco, azul y rojo que se levantaba en tiempos de los zares.

El comunismo no dejó de existir en esa fecha. Pero ya nunca volvió a ser lo que había sido. ■



El derrumbe de la Unión Soviética



△ **Boris Yeltsin:** la bandera rusa en el Kremlin.

MIKHAIL GORBACHOV ASUMIÓ COMO SECRETARIO GENERAL DEL PARTIDO Comunista soviético en marzo de 1985, y poco después lanzó un ambicioso plan de reformas. La *glasnost* (transparencia) y la *perestroika* (reestructura) fueron dos intentos de erradicar los principales males del sistema: la ineficiencia y la corrupción. Gorbachov era un reformista y un comunista genuino. Creía que era posible relanzar la idea socialista y convertirla en algo mejor de lo que había sido hasta entonces.

Pero en los años siguientes descubrió que la tarea era más difícil de lo que había imaginado. La corrupción y la ineficiencia no eran problemas localizados, sino parte constitutiva del sistema. Los intentos de reforma económica colapsaban los sistemas de distribución y creaban escasez de bienes esenciales. Los intentos de flexibilización política hacían resurgir los sentimientos nacionales y religiosos, que revelaban seguir muy vivos pese a setenta años de represión. Pero lo peor era la falta de gente en quien confiar: Gorbachov necesitaba operadores que lo ayudaran a cumplir su tarea, pero los burócratas y los dirigentes del Partido se dedicaban a defender sus privilegios. Los enemigos internos eran cada vez más numerosos.

Después de varios intentos frustrados, Gorbachov creyó haber encontrado el socio que necesitaba. Se llamaba Boris Yeltsin y era el jefe del Partido en la ciudad industrial de Sverdlovsk, en los Urales. Yeltsin tenía la misma edad que Gorbachov y era igualmente enérgico. Era famoso por su capacidad de trabajo (no eran raras las jornadas de 16 horas), por su franqueza brutal y por su desprecio hacia los privilegios. No muchos años atrás, esa energía había estado al servicio de causas dudosas: en 1977 Yeltsin se había encargado de demoler el edificio donde sesenta años antes habían sido fusilados el zar Nicolás II y toda su familia (incluyendo sus hijos pequeños), para evitar que el lugar se convirtiera en un sitio de peregrinación. Pero, en los años ochenta, Yeltsin se había dedicado a combatir con éxito a los dirigentes y funcionarios corruptos.

A finales de 1985, Gorbachov decidió que Yeltsin se trasladara a Moscú para ocupar un cargo equivalente al de intendente. En poco tiempo se hizo famoso. Yeltsin recorría Moscú en tranvía y en metro, y se hacía acompañar por las cámaras de televisión cuando salía a destapar ilícitos. Todo el tiempo divulgaba informes en los que denunciaba el estilo de vida de los miembros de la *nomenklatura*: escuelas especiales con sauna y piscina para los hijos, villas de descanso con salas de cine, cocinas gigantescas, paredes de mármol. Para los ciudadanos comunes, que residían hacinados en viviendas con baño y cocina compartidos, esas revelaciones causaban indignación.

Yeltsin era decidido y corajudo, pero también imprevisible e impulsivo. En 1986, sus críticas se dirigieron contra el propio Gorbachov, al que atacó públicamente por no combatir la corrupción con suficiente energía y por amar el lujo. En enero de 1987 atacó duramente a Ligachov, uno de los miembros conservadores más influyentes del Politburó, lo que puso al rojo vivo la interna del Partido Comunista.

Presionado por sus adversarios, Gorbachov destituyó a Yeltsin luego de acusarlo públicamente de inmadurez e irresponsabilidad. La prensa "conservadora" (como se llama hasta hoy en Rusia a la prensa favorable a la ortodoxia comunista) lo calificó de demagogo y aventurero. Sus graves problemas con el alcohol se convirtieron en un asunto nacional. En esa época se volvió a aplicar la censura y se prohibieron algunas actividades artísticas. El diario oficial *Pravda* advirtió que la democracia podía llevar al país a la ruina.

Gorbachov estaba retrocediendo, pero al mismo tiempo se las arregló para mostrar que no renunciaba a su plan original: ese mismo año fueron rehabilitadas algu-

nas de las víctimas más ilustres de Stalin, como los dirigentes revolucionarios Nikolai Bukharin y León Trotsky.

La antigua cooperación entre Gorbachov y Yeltsin se convirtió en rivalidad. Esos giros no son excepcionales en la vida política, pero lo que fue excepcional fue el modo en que se procesó el conflicto: los choques entre los dos dirigentes se convirtieron en una discusión pública sobre el futuro del comunismo. Yeltsin declaraba que el comunismo no era una buena idea mal aplicada, sino una mala idea. Se definió públicamente como socialdemócrata y declaró que era un deliro intentar revigorizar el viejo sistema. Gorbachov se seguía proclamando comunista y decía: "Para algunos eso será un delirio. Para mí es la tarea a la que consagro mi vida". Por primera vez en casi setenta años, se discutía públicamente si el comunismo era el régimen más deseable para la Unión Soviética.

En setiembre de 1988, en una sesión especial de la cámara de diputados, Gorbachov fue electo presidente de la Unión Soviética. Tal como había hecho Brezhnev en su momento, ahora ejercía conjuntamente el principal cargo político del régimen (secretario general del Partido Comunista) y el cargo de jefe de estado. Pero Gorbachov anunció al mismo tiempo que renunciaba a la "doctrina Brezhnev", es decir, aquella doctrina que le negaba a todo país que había llegado a ser comunista la posibilidad de dejar de serlo. Eso equivalía en los hechos a dar una luz verde para que los países del bloque socialista eligieran su forma de gobierno.

El año siguiente fue un punto de quiebre en la historia del bloque soviético y del mundo entero. Fue asimismo un año cargado de resonancias simbólicas. En 1989 se conmemoraban cuarenta años de los episodios que habían lanzado la Guerra Fría: el fin del bloqueo de Berlín, el nacimiento de las dos Alemanias, la creación de la OTAN, el triunfo de la revolución china. También se cumplían 200 años del triunfo de la Revolución Francesa: un acontecimiento político que había cambiado a Europa. Y fue en ese mismo año que cayó el muro de Berlín, se derrumbó la cortina de hierro y se desintegró lo que durante décadas había sido llamado "el bloque comunista".

En apenas seis meses, todos los países de Europa Oriental abandonaron la órbita soviética. Excepto Rumania, todos lo hicieron en forma pacífica. El primer paso lo dieron Polonia y Hungría. A mediados de octubre fue depuesto Erich Honecker, el líder de la Alemania comunista. El 10 de noviembre cayó el búlgaro Todor Zhivkov y un mes exacto después le tocó el turno al checoeslovaco Gustav Husak. En Rumania, el dictador Nicolae Ceausescu y su esposa quisieron aferrarse al poder y ordenaron aplastar las manifestaciones. Pero perdieron el control de la situación y el 22 de diciembre fueron fusilados por sus antiguos subordinados.

Todo ocurrió, si no con la complacencia, al menos con el visto bueno de Gorbachov. Cuando los dirigentes de Europa Oriental habían empezado a preocuparse por lo que ocurría en Polonia y Hungría, el líder soviético les hizo saber que no haría nada para apoyarlos. Pero su actitud era contradictoria: Gorbachov aceptaba que los países de Europa del Este se alejaran de Moscú, pero rechazaba toda pretensión autonómica entre los integrantes de ese conglomerado de 15 repúblicas que se llamaba "Unión Soviética". Sus discursos se volvían sombríos y amenazadores cuando hablaba de la posibilidad de un desmembramiento. Los polacos podían hacer lo que quisieran, pero los habitantes de Lituania o de Chechenia debían saber que seguirían siendo gobernados desde Moscú.

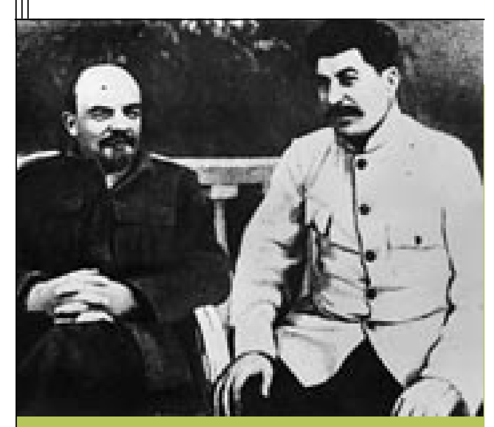
Esta doble actitud solo consiguió alentar el surgimiento de movimientos nacionalistas. En diferentes regiones hubo episodios de violencia étnica. En Bakú, la capital de Azerbaiyán, fue necesario enviar 17 mil soldados para contener un levantamiento. Finalmente, el nacionalismo resurgió también en Ucrania y en la propia Rusia. Lo que se había presentado durante décadas como una federación de repúblicas sólidamente unidas por la ideología, revelaba ser un mosaico de nacionalidades que se había mantenido unido a fuerza de represión.

Cada vez con más frecuencia, Gorbachov era víctima del fuego cruzado entre conservadores y liberales. Los conservadores añoraban el orden público perdido, consideraban una tragedia la pérdida de los países satélites y veían con creciente alarma la posibilidad de un colapso de la Unión Soviética. Su ira llegó al extremo cuando el parlamento aprobó una reforma constitucional que le quitaba el carácter de partido oficial al Partido Comunista. Los liberales, por su parte, acusaban a Gorbachov de ser demasiado débil ante la *nomenklatura* y de no avanzar más decididamente hacia la plena vigencia de las libertades. Seguidores de Yeltsin manifestaban en las calles de Moscú con carteles que decían: "Gorbachov, ¿de qué lado estás?".

Tanto la política como la economía parecían estar fuera de control. En los países Bálticos, en Georgia y en Ucrania se derribaban estatuas de Lenin ante las protestas indignadas de los conser-

Una historia completa

Por Enrique Mena Segarra



△ **Lenin y Stalin:** juntos en 1922.

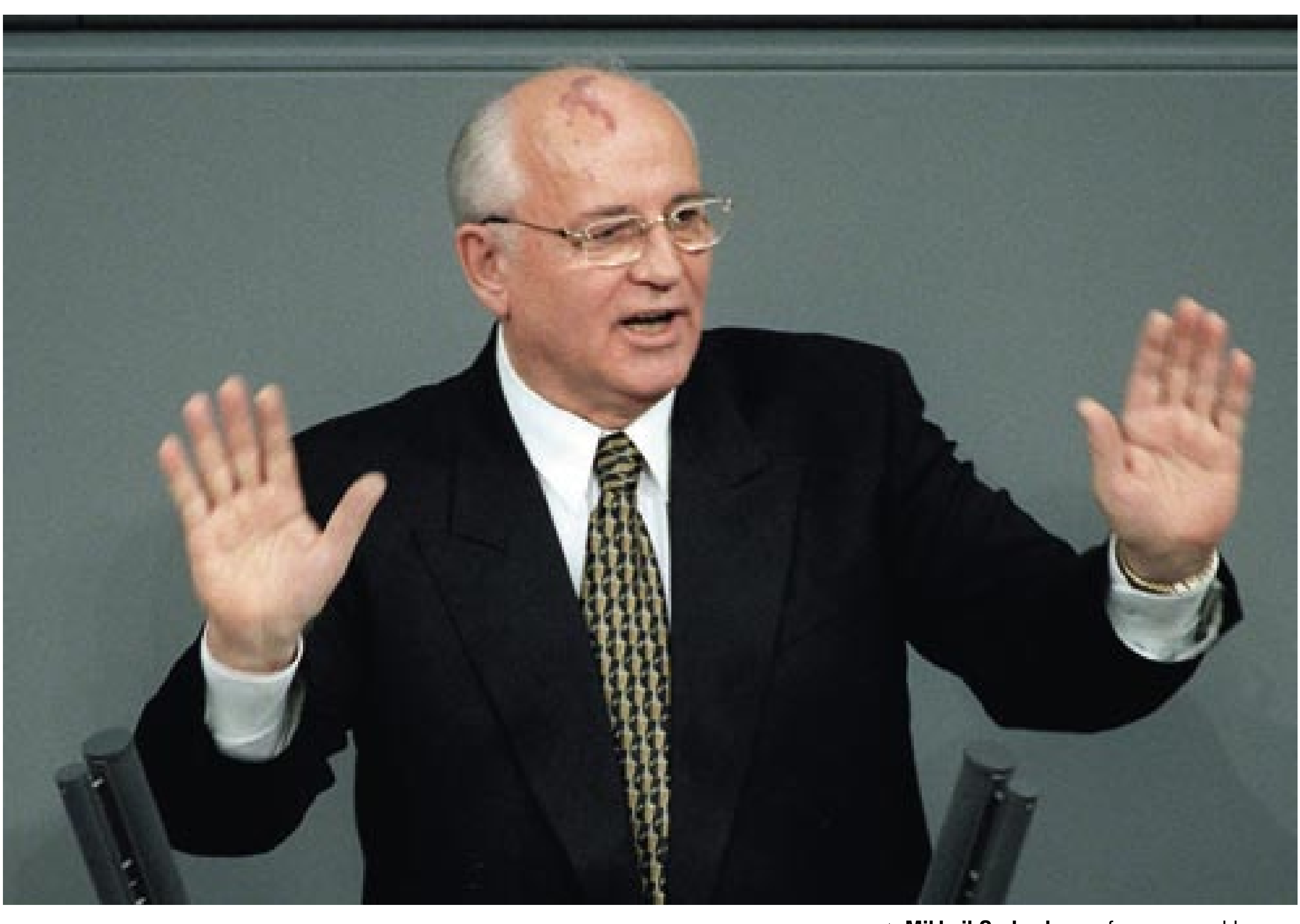
Los 74 años de existencia del régimen soviético –la longevidad promedio de un europeo– otorgan al historiador un privilegio poco frecuente: conocer en toda su extensión una etapa histórica trascendental, aunque no pueda percibir todavía la totalidad de sus consecuencias.

Esto es aun más singular por tratarse de un sistema político e ideológico que aspiró desde sus primeros pasos a constituirse en el modelo del futuro de la humanidad, el espejo en que debían mirarse todas las sociedades para conocer su inevitable devenir. Un Estado, en suma, diferente de todos cuantos lo antecedieron en la historia, especialmente por ser el primero en instituirse sobre las "leyes científicas" del marxismo: la única doctrina y el único método válidos para conocer la realidad y por lo tanto para transformarla.

La construcción del socialismo, y en una segunda fase la de un comunismo sin clases ni Estado, traería consigo el surgimiento del "hombre nuevo", con capacidades físicas e intelectuales multiplicadas, pero sobre todo animado por una moral solidaria y ajena a todo egoísmo. La humanidad alcanzaría por esa vía su definitiva y completa liberación.

Esas esperanzas no eran la única particularidad del régimen soviético. Además, el régimen poseía numerosísimos súbditos voluntarios fuera de sus fronteras: los afiliados a los partidos comunistas miembros de la Internacional, que debían lealtad a la "patria universal de los trabajadores" antes que a los gobiernos de sus respectivos países.

Desde un punto de vista historiográfico, la caída de la URSS impuso la revisión de lo escrito previamente sobre ella, puesto que ahora se conocía el fin del cuento. Y todo lleva a concluir que los factores que la condujeron a su fin no provinieron de desviaciones del modelo original sino que estaban presentes con mayor o menor fuerza desde el primer día: la dictadura total en un Estado burocrático hipertrofiado, el mesianismo infalibilista y, en consecuencia, la imposibilidad de su autocorrección. ■



▵ **Mikhail Gorbachov:** reformas y problemas.

vadores. Gorbachov emitió un decreto que prohibía dañar monumentos, pero nadie le hizo caso. La televisión mostraba imágenes de violencia étnica, huelgas de mineros y protestas de ferroviarios. En el terreno económico, el colapso de la economía centralizada generaba carestía y corrupción. Corrían rumores de que la cosecha sería un desastre y llegaría una gran hambruna. Alexander Buchanov, editor de la revista *Sovietskaia Literatura*, escribió en esos días sobre Gorbachov: "ha destruido todo aquello en lo que habíamos creído y nos mantenía unidos. Pero no ha construido nada nuevo. No nos ha lanzado un salvavidas. Todos, yo mismo, nos encontramos en un barco que se hunde, en un avión que se cae, y eso nos da miedo". El propio Gorbachov parecía superado por las circunstancias. A Margaret Thatcher le confesó que no podía dormir por las noches, y a un grupo de congresistas estadounidenses les dijo: "Nuestro barco ha perdido el ancla. Por eso estamos todos un poco mareados".

Gorbachov puede ser criticado por no haber sido capaz de percibir las insuficiencias de su estrategia, pero no puede ser acusado de haber abandonado sus pretensiones reformistas. Por orden suya se destruían grandes cantidades de tanques y misiles. Las tropas que habían estado estacionadas durante décadas en Europa Oriental eran repatriadas. Solo de Hungría y Checoslovaquia llegaron unos 125 mil soldados que debieron ser alojados en carpas por falta de viviendas. Numerosos exiliados (como el famoso músico Mstislav Rostropovich) recuperaban la ciudadanía y volvían al país. El líder checo Alexander Dubcek volvió a visitar Moscú por primera vez desde que Brezhnev había aplastado la "primavera de Praga". Gorbachov lo recibió amigablemente y se mostró en público con él. En las librerías había obras que hablaban favorablemente de la Rusia zarista y los descendientes de la antigua nobleza fundaban asociaciones. En Moscú se inauguró la primera filial de McDonald's; durante semanas, la cola de clientes ocupó cuatro cuadras.

Por primera vez se publicaban estadísticas confiables, y los datos eran desalentadores. Rusia tenía la misma cantidad de muertos en accidentes de tráfico que Estados Unidos, pero solo un décimo de los vehículos. La salud de la

▹ cronología

1978-1981

1978 **16 de octubre:** Juan Pablo II, nuevo papa de la Iglesia Católica.

1980 **14 de agosto:** empieza la huelga en los Astilleros Lenin de Gdansk (Polonia).

31 de agosto: acuerdos de Gdansk.

17 de setiembre: fundación legal del sindicato Solidaridad.

1981 **10 de febrero:** el general Wojciech Jaruzelski es designado primer ministro de Polonia.

1981-1983

19 de marzo: el sindicato Solidaridad llama a la huelga en Polonia.

6 de agosto: se interrumpe el diálogo entre el gobierno polaco y el sindicato Solidaridad.

18 de octubre: el general Jaruzelski es el nuevo jefe de los comunistas polacos.

13 de diciembre: el general Jaruzelski declara el estado de guerra.

1983 **16-23 de junio:** segunda visita del papa Juan Pablo II a Polonia.

5 de octubre: Lech Walesa, Premio Nobel de la Paz.

población empeoraba, hasta el punto de que el país figuraba en el puesto 85 a nivel mundial. Se descubrían además enormes problemas ambientales: el atraso tecnológico y la falta de mantenimiento hacían que Rusia liberara 95 millones de toneladas de desechos en la atmósfera. El río Volga recibía 300 millones de metros cúbicos de agua contaminada por año.

Los presos se sublevaban ante el hacinamiento y el maltrato. Y aunque los datos relativos a años anteriores no eran confiables, todo indicaba que la criminalidad estaba aumentando de manera alarmante. En 1990, los delitos graves crecieron un 42 por ciento respecto del año anterior, y la criminalidad callejera subió un 65 por ciento. Por primera vez se realizaban encuestas de opinión y los resultados eran catastróficos para el gobierno.

El clima político se deterioraba. El 9 de abril de 1989, el ejército había reprimido por cuenta propia una manifestación nacionalista en Georgia y había matado a dos decenas de personas. En marzo de 1990, Lituania declaró unilateralmente su independencia y fue bloqueada por decisión unilateral de las autoridades militares. En la tradicional manifestación del 1° de mayo de ese año, Gorbachov fue abucheado y un hombre quiso atentar contra su vida. Para responder a la situación crítica, Gorbachov impuso poderes de emergencia. Pero con eso solo consiguió despertar en muchos el miedo a que se volviera un gobernante autoritario. Movido por ese temor, el 1° de enero de 1991 renunció el canciller soviético: el prestigioso y respetado Eduard Shevardnadze.

Rodeado de ese difícil contexto, Gorbachov se veía obligado a pelear en dos frentes. En uno de ellos se enfrentaba a Boris Yeltsin, que representaba con creciente nitidez a los radicales que querían avanzar rápidamente hacia la democracia. Su liderazgo se había hecho especialmente fuerte tras la muerte del físico nuclear Andrei Sajarov, ocurrida el 14 de diciembre de 1989. Hasta ese momento, Sajarov había sido la figura más distinguida e influyente de la oposición: era un científico de fama internacional, había sufrido en carne propia la represión (fue obligado a vivir en el exilio interno entre 1979 y 1986) y había recibido en 1975 el Premio Nobel de la Paz. Yeltsin no tenía credenciales para competir con un hombre semejante. Pero, tras la muerte de Sajarov, la habilidad política de Yeltsin, su coraje y su popularidad lo convirtieron en la principal referencia de quienes querían cambios rápidos y profundos.

Luego de su ruptura con Gorbachov, Yeltsin había buscado diferentes caminos para fortalecer su posición. Su estrategia consistía en no competir con Gorbachov por el gobierno de la Unión Soviética, sino en acumular poder en las instituciones de gobierno rusas. Nominalmente, Rusia era solo una de las quince repúblicas que formaban la Unión Soviética. Pero, con 17 millones de kilómetros cuadrados, unos 140 millones de habitantes y buena parte de la infraestructura industrial y vial de la Unión, en los hechos era la más importante de todas. Quien la controlara pasaría a tener la llave de los acontecimientos futuros. Como el propio Yeltsin gustaba decir en la época: "Rusia puede sobrevivir sin la Unión Soviética, pero la Unión Soviética no puede sobrevivir sin Rusia".

El 29 de mayo de 1990, tras un complejo y disputado proceso electoral, Yeltsin fue electo presidente del Soviet Supremo

Un pronóstico cumplido

El 15 de enero de 1953, Harry Truman hizo ante las cámaras de televisión su discurso de despedida como presidente de Estados Unidos. Su gobierno había sido uno de los más agitados de la historia. Había sido el presidente ante el que se habían rendido los alemanes y los japoneses, el que había negociado con Churchill y Stalin los acuerdos de Potsdam, el que había ordenado lanzar las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, y el que había protagonizado el inicio de la Guerra Fría.

Su despedida fue sencilla, como era su estilo: ***El próximo martes, el general Eisenhower asumirá como presidente de Estados Unidos. Poco después de que el nuevo presidente haya asumido su cargo, estaré en el tren que me llevará de regreso a casa en Independence, Missouri. Volveré a ser un simple ciudadano privado de esta gran república. Así es como debe ser.***

Pero el pasaje de su discurso que resulta más llamativo a la distancia es el siguiente:

En la medida que el mundo libre siga fortaleciendo su crecimiento, se haga más unido, más atractivo para los hombres de ambos lados de la cortina de hierro, y en tanto sean bloqueadas las esperanzas soviéticas de una fácil expansión, llegará un tiempo de cambios en el mundo soviético. Nadie puede



decir con seguridad cuándo ocurrirá, o exactamente cómo se iniciará: si será mediante una revolución, o debido a la agitación en los estados satélites, o como resultado de un cambio dentro del Kremlin.

Ya sea que los gobernantes comunistas cambien voluntariamente sus políticas o que el cambio llegue por algún otro camino, no tengo dudas de que va a haber un cambio en el mundo. ■

1984-1986

1984 **19 de octubre:** el sacerdote Jerzy Popieluszko es secuestrado y asesinado por los servicios de seguridad polacos.

1985 **11 de marzo:** Mikhail Gorbachov asume como nuevo secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética.

6 de noviembre: el general Jaruzelski es designado presidente de Polonia.

1986 **15 febrero:** se inicia el Vigésimo Séptimo Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Gorbachov reconoce los crímenes cometidos durante la Segunda Guerra Mundial.

1986-1988

26 de abril: se produce el accidente de Chernobyl.

1987 **27 de enero:** Gorbachov lanza la campaña de *glasnost* (transparencia).

8-14 de junio: tercera visita del papa Juan Pablo II a Polonia.

1988 **8 de febrero:** Gorbachov anuncia la retirada de las tropas soviéticas de Afganistán.

14 de abril: se firman en Ginebra los acuerdos de paz sobre Afganistán.

1989

1989 **20 de enero:** George H. Bush asume como presidente de Estados Unidos.

6 de febrero-5 de abril: conversaciones de la Mesa Redonda en Polonia.

2 de abril: Gorbachov llega en visita oficial a La Habana y anuncia el fin de las subvenciones a Cuba.

17 de abril: el sindicato Solidaridad vuelve a la legalidad.

2 de mayo: el gobierno húngaro empieza a abrir sus fronteras con Occidente.

ruso. El 12 de junio de 1990, el Congreso de Diputados ruso, políticamente controlado por Yeltsin, aprobó una afirmación de soberanía que se parecía mucho a una declaración de independencia. Pero el golpe más espectacular llegó el 12 de julio de ese año, cuando se desarrollaba en el Kremlin el Vigésimo Octavo Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Ese día Yeltsin subió a la tribuna y, ante el inmenso auditorio, anunció que se desafiliaba del Partido al que había pertenecido toda su vida. Luego se bajó y caminó lentamente por el corredor central sin mirar atrás. Nadie de los presentes lo sabía en ese momento, pero ese sería el último congreso del Partido Comunista soviético.

La renuncia al Partido aumentó enormemente la popularidad de Yeltsin. Al año siguiente, el 12 de junio de 1991, por primera vez en la historia los rusos pudieron votar para elegir un presidente mediante comicios libres y directos. Yeltsin ganó con el 57 por ciento de los votos sobre el candidato apoyado por Gorbachov. Cuando asumió, el 10 de julio, fue bendecido públicamente por Alexei II, el patriarca de la Iglesia Ortodoxa Rusa.

Pero el combate político con Yeltsin era solo uno de los frentes en los que intentaba batirse Gorbachov. El otro frente era todavía más peligroso, aunque el líder soviético no era capaz de percibirlo: se trataba de las conspiraciones que organizaban los conservadores para derrocarlo y reinstalar el viejo orden comunista.

Durante largos meses se organizaron reuniones en locales secretos del KGB. En esos encuentros participaban ministros, generales y el propio jefe del Estado Mayor, Valeri Boldin. Todos habían llegado a sus cargos gracias a Gorbachov, pero todos deseaban su caída. A fines de junio de 1991, los estadounidenses advirtieron en forma reservada a Gorbachov que se estaba preparando un golpe de estado. Pero el jefe del Kremlin no dio mayor importancia a la advertencia y, a fines de agosto, desgastado por una crisis que le costó la vida a muchos ciudadanos lituanos, decidió tomarse unas vacaciones en Crimea junto a su esposa Raisa.

La perspectiva de una ausencia de Gorbachov aceleró los planes de los conspiradores. Los últimos preparativos se hicieron en un hospital del KGB. Desde allí se ordenó a una fábrica de Pskov que fabricara de urgencia un cuarto de millón de esposas que serían utilizadas para detener a reformadores, intelectuales y hombres de negocios comprometidos con la economía de mercado. Las acciones se dirigirían desde uno de los sótanos de la tristemente célebre Lubianka, sede central del KGB en Moscú. El jefe del KGB aumentó el sueldo de sus subordinados y suspendió las vacaciones de los oficiales. Poco después, el mariscal Lasov dispuso que todas las unidades del ejército estuvieran en estado de alerta y convocó a todos los soldados que estaban de franco.

El golpe se echó a andar en la madrugada del 18 de agosto de 1991. A las 4.40 de la mañana quedaron bloqueados los teléfonos del complejo donde se alojaba Gorbachov. Simultáneamente se presentó una delegación para comunicarle que, a partir de ese instante, un comité de emergencia se haría cargo del gobierno. En un comunicado se informaría que Gorbachov había tenido que renunciar por razones de salud.

Los conspiradores estaban mal organizados y el alto consumo de alcohol hizo estragos entre ellos. El vicepresidente Yanayev estaba completamente ebrio cuando firmó el primer decreto de emergencia. En las mismas condiciones estaba el ministro presidente Pavlov. A las siete de la mañana se llamó de urgencia a un médico del Kremlin para que atendiera a este último. El médico dictaminó que no solo estaba alcoholizado sino "al borde de la histeria". Como a varios otros, le estaban fallando los nervios.

Muy temprano en la mañana, los medios empezaron a transmitir el comunicado que anunciaba la supuesta enfermedad de Gorbachov. Pero hasta los televidentes menos atentos percibían el tono nervioso y preocupado de los periodistas que daban la noticia. En cuanto se enteró, Boris Yeltsin se puso un chaleco antibalas y salió rumbo a la Casa Blanca, como se llama a la sede del Parlamento ruso. Doce minutos después de su salida, un comando llegó a su casa con la intención de detenerlo. Por el camino se cruzó con tanques que se apostaban frente al municipio, a las sedes de los diarios y canales de televisión, y frente a la propia Casa Blanca. Todo indicaba que la situación era muy seria.

Yeltsin y el presidente del Parlamento ruso prepararon un discurso de condena al golpe. Alexander Ruzkoi, héroe de la guerra de Afganistán y vicepresidente de Yeltsin, inició una serie de transmisiones desde una radio provisoria instalada en la Casa Blanca. En el exterior se montaron barricadas. Las defensas eran muy modestas pero, según se sabe hoy, varios oficiales que recibieron la orden de entrar a sangre y fuego se negaron a obedecer. De todas maneras hubo algunos disparos que dejaron tres muertos.

Epitafio al comunismo

En un discurso dado ante la Cámara de Representantes de Estados Unidos en junio de 1992, el presidente ruso Boris Yeltsin dijo unas palabras que hubieran sido inimaginables apenas unos años antes:

El mundo puede respirar aliviado. El ídolo del comunismo, que sembró por todas partes el conflicto social, la animosidad y una brutalidad sin paralelo, y que infundió miedo en la humanidad, ha colapsado. Colapsó para no levantarse nunca más.

Yeltsin sabía de qué hablaba. Durante la mayor parte de su vida había sido un comunista convencido y había desempeñado importantes responsabilidades. Más tarde, junto a Mikhail Gorbachov, había participado de los intentos de reforma que aspiraban a depurar al régimen de sus peores desviaciones. Pero progresivamente llegó a la conclusión de que el régimen no tenía desviaciones: la corrupción, la ineficiencia y el autoritarismo eran consecuencias inevitables de sus propias premisas. ■

1989

4 de junio: triunfo de los candidatos de Solidaridad en elecciones controladas en Polonia.

24 de agosto: Tadeusz Mazowiecki, primer ministro en Polonia.

23 de octubre: se declara la Tercera República en Hungría.

9 de noviembre: cae el muro de Berlín.

10 de noviembre: Todor Zhivkov es depuesto en Bulgaria.



1989-1990

1º de diciembre: el Parlamento de la República Democrática Alemana le quita al Partido Comunista el carácter de partido oficial.

10 de diciembre: Gustav Husak cae en Checoslovaquia.

14 de diciembre: muere Andrei Sajarov.

22 de diciembre: Nicolae Ceausescu y su esposa son fusilados en Rumania.

1990 **29 de mayo:** Boris Yeltsin electo presidente del Soviet Supremo ruso.

Yeltsin pasó la mañana comunicándose por teléfono con los líderes del mundo y con dirigentes políticos de todo el país. Los golpistas estaban tan mal organizados que no habían cortado las líneas. Pero el hecho decisivo ocurrió a mediodía, cuando Yeltsin se subió a un tanque T-72 que estaba apostado frente a la Casa Blanca y dirigió una arenga a los presentes: "¡Ciudadanos de Rusia! El presidente legalmente elegido ha sido depuesto (...). Estamos enfrentados a un golpe de derecha, reaccionario e inconstitucional. Se puede construir un trono con bayonetas, pero no es posible permanecer mucho rato sentado en él". La arenga tuvo el efecto de que los soldados se pasaran de bando. Los tanques cambiaron de posición y se apostaron para defender el edificio del Parlamento. Todo eso fue transmitido por los medios de comunicación, lo que tuvo un efecto demoledor.

El golpe empezaba a hacer agua. En Leningrado, el ejército se negó a ocupar la ciudad. Algunas estaciones de radio siguieron lanzando arengas contra los golpistas, a pesar de recibir amenazas. En la sede del diario *Isvestia* se produjo una trifulca, al cabo de la cual los partidarios de Yeltsin consiguieron imprimir llamados a resistir. En la propia oficina de Yeltsin, el cellista Mstislav Rostropovich, conocido en el mundo entero por la calidad de su música, montaba guardia con una metralleta. Un comandante de la Fuerza Aérea se declaró fiel a la Constitución y anunció que ordenaría bombardear el Kremlin si el KGB usaba sus tropas de elite. En Crimea, Gorbachov seguía los acontecimientos por radio.

Todo concluyó el 21 de agosto. Los tanques se retiraron de la ciudad bajo el aplauso de la gente y una delegación marchó a Crimea para liberar a Gorbachov. Yeltsin era aclamado en las calles como el héroe civil que había frenado el golpe. En los días siguientes, varios de los protagonistas del golpe aparecieron muertos. La versión oficial fue que se suicidaron, aunque hay muchos rumores y especulaciones al respecto.



△ **Boris Yeltsin:** el adiós al pasado comunista.

Gorbachov llegó a Moscú en la noche del 21, acompañado de su esposa. Cuando bajó del avión dio la imagen de un hombre sombrío y fatigado. Desde el punto de vista formal seguía siendo el presidente de la Unión Soviética, pero políticamente estaba terminado. Él mismo demoró en percibir la magnitud de lo ocurrido.

El 23 de agosto hubo una sesión en el Parlamento que terminaría por cambiar la historia. Gorbachov se instaló en el estrado, agradeció el apoyo y retomó el discurso tradicional que hablaba de renovar al Partido y de fortalecer a la Unión Soviética. Pero fue interrumpido por Yeltsin, que le hablaba de igual a igual. La escena tenía algo de teatral y para todos estuvo claro que Yeltsin era ahora el hombre fuerte. En un momento dramático, Yeltsin le pidió a Gorbachov que leyera en voz alta las actas de una reunión de gabinete realizada en su ausencia. Mientras leía, a Gorbachov se le iba transformando la cara: el documento revelaba las dimensiones del complot y el grado de involucramiento del Partido Comunista. Delante de todos los legisladores, Gorbachov cayó en la cuenta de hasta qué punto había quedado solo: salvo dos excepciones todo su entorno lo había traicionado. Cuando terminó de leer, Yeltsin le preguntó con voz firme: "¿No cree que deberíamos disolver al Partido Comunista?" Gorbachov, lívido, solo atinó a responder: "¿Qué está haciendo usted?".

El golpe contra Gorbachov, que fue planeado como una jugada para restablecer el poder comunista, terminó teniendo el efecto de un tiro de gracia. Hasta ese momento, los ciudadanos de la Unión Soviética veían al Partido Comunista como una gran máquina de distribución de privilegios que intentaba conservar al menos parte de su poder. Pero desde ese día lo vieron además como una organización criminal que

1990-1991

12 de julio: Boris Yeltsin se desafilia del Partido Comunista.

3 de octubre: reunificación alemana.

9 de diciembre: Lech Walesa electo presidente de Polonia.

29 de diciembre: la Unión Soviética y Cuba firman un nuevo acuerdo económico que pone fecha al fin de las subvenciones.

1991 **12 de junio:** primeras elecciones libres en Rusia.

1991

18-22 de agosto: fracasa en Moscú un golpe de Estado contra Mikhail Gorbachov.

25 de diciembre: Gorbachov deja los cargos de secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética y de presidente de la Unión Soviética. Boris Yeltsin asume como presidente de Rusia.

8 de diciembre: los presidentes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia se devinculan de la Unión Soviética.

1991

24 de diciembre: Mikhail Gorbachov deja su cargo de presidente de la Unión Soviética.

31 de diciembre: la Unión Soviética deja de existir.

Lech Walesa

Nació en Polonia el 29 de setiembre de 1943. Era hijo de un carpintero y estudió la carrera de técnico electricista. En 1970 trabajaba en los Astilleros Lenin, en la ciudad de Gdansk, y dirigió una huelga ilegal. El conflicto terminó en un episodio de feroz represión policial en el que murieron 80 obreros. Walesa fue condenado a un año de prisión.

Al recuperar la libertad volvió a trabajar en los astilleros, pero fue despedido en 1976 por juntar firmas a favor de un monumento a la memoria de los obreros muertos en 1970. Desde entonces quedó en una lista negra que le impedía conseguir trabajo. Era mantenido por sus amigos. En los años siguientes fue arrestado varias veces.

Cuando, en agosto de 1980, estalló la huelga en los Astilleros Lenin, Walesa trepó un muro, ingresó a la planta y se sumó a los huelguistas. Se cuenta que bajó del estrado mediante un golpe de puño a un dirigente sindical comunista que llamaba a los obreros a terminar la protesta. Tras el triunfo de la huelga, Walesa fue electo para integrar el comité nacional del sindicato Solidaridad.

Cuando el sindicato fue ilegalizado en diciembre de 1981, Walesa fue arrestado una vez más. Pasó once meses internado en la frontera con la Unión Soviética, hasta que fue liberado en noviembre de 1982. Al año siguiente solicitó el reingreso a los Astilleros Lenin, en calidad de simple electricista. Pero ese mismo año ganó el Premio Nobel de la Paz. El régimen no le permitió viajar a Estocolmo para recibirlo. Walesa donó el dinero del premio al sindicato Solidaridad.

En 1988 Walesa organizó una larga serie de huelgas, reclamando la vuelta a la legalidad del sindicato. Tras 80 días de conflicto, el gobierno aceptó abrir negociaciones. Walesa fue el portavoz de la delegación sindical.

En las elecciones del 9 de diciembre de 1990, Walesa fue electo presidente de Polonia. Tuvo una gestión controvertida que le hizo perder progresivamente su amplio apoyo inicial, pese a lo cual perdió las elecciones de 1995 por apenas el uno por ciento. En las elecciones del año 2000 volvió a ser candidato, pero obtuvo un número insignificante de votos. Luego de esa experiencia, anunció su retiro de la política.

Católico fervoroso, se casó en 1969 con Danuta Golos y tuvo ocho hijos. Esporádicamente asume funciones oficiales, como las de representar al gobierno y al pueblo polacos en los funerales de figuras como Ronald Reagan y Boris Yeltsin. ■

conspiraba para derribar las instituciones. En las horas siguientes, una grúa retiró del frente de la sede del KGB la estatua de Felix Dzerzhinsky, fundador de la Cheka (los servicios secretos de Lenin). Poco después fue cerrado el mausoleo del propio Lenin, supuestamente por reformas. El 24 de agosto, Gorbachov terminó de comprender lo que estaba pasando y renunció como secretario general del Partido Comunista. También disolvió al Comité Central, que se había convertido en algo muy parecido a un club de golpistas.

En Rusia, Yeltsin lanzó la ofensiva final: el Partido Comunista fue ilegalizado y sus bienes fueron confiscados. El KGB fue desmantelado. La ciudad de Leningrado volvió a recibir su antiguo nombre de San Petersburgo. En los mercados callejeros se vendían los uniformes y las insignias del antiguo régimen.

En los primeros días de diciembre de 1991, Ucrania votó su independencia y dejó de ser miembro de la Unión Soviética. El 8 de diciembre, Boris Yeltsin, el presidente de Ucrania y el de Bielorrusia anunciaron al mundo la disolución de la Unión Soviética y su sustitución por una Comunidad de Estados Independientes. En el momento de firmar el documento, Yeltsin declaró: "Todos los imperios desaparecen. Es un proceso histórico inevitable que estaba ya escrito también para la Unión Soviética". Gorbachov estaba políticamente tan debilitado que se enteró de la noticia por la prensa.

El 24 de diciembre de 1991, Gorbachov renunció a su cargo de presidente y el 31 de diciembre la Unión Soviética dejó formalmente de existir. En el Kremlin se volvió a izar la tradicional bandera rusa (blanca, azul y roja) que se usaba en tiempos de los zares. El lugar que había ocupado la Unión Soviética en las Naciones Unidas pasó a ser ocupado por la Federación Rusa. Una de las dos grandes potencias que habían protagonizado la Guerra Fría había dejado de existir.

El fin del comunismo en Europa

Varios analistas sostienen que el principio del fin del dominio comunista en Europa se produjo el 16 de octubre de 1978, cuando un cardenal polaco llamado Karol Wojtyla fue electo papa bajo el nombre de Juan Pablo II. En junio de 1979, el joven papa (tenía 58 años en el momento de ser electo) realizó el primero de los muchos viajes que hizo a su Polonia natal. Durante esa visita se vieron por primera vez los fenómenos que terminarían por acorralar a los regímenes comunistas en Europa: inmensas manifestaciones callejeras, perfectamente explícitas en su rechazo a la falta de libertades y al régimen de partido único, pero pacíficas y organizadas en su modo de actuar. No había excesos ni violencia desatada. Tampoco había organizaciones partidarias que dirigieran los acontecimientos. Era simplemente gente, mucha gente, que actuaba unida porque tenía algunos objetivos comunes muy básicos, y que actuaba con energía porque se había cansado de esperar.

Hasta cierto punto, no era sorprendente que la caída del comunismo haya empezado en Polonia. Los polacos eran uno de los pueblos más duramente castigados por el régimen soviético y también uno de los que habían mostrado mayor rebeldía. Los levantamientos de masas y huelgas generalizadas habían ocurrido en 1956, en 1968, en 1970 y en 1976. En todas esas ocasiones se habían desatado violentas olas de represión que incluían miles de soldados movilizados y decenas o centenares de civiles muertos.

Pero los polacos tenían otra característica que los hacía diferentes de sus vecinos: la población era abrumadoramente católica, y la Iglesia tenía un margen significativo de libertad para organizarse y hablar. La contrapartida de ese margen de libertad era que la jerarquía católica no se lanzaba abiertamente a atacar al régimen. Pero entre ambas partes había una suerte de contenida hostilidad.

Eso fue lo que cambió con la llegada de Juan Pablo II. El nuevo papa tenía algunas características que lo hacían diferente de sus predecesores y también diferente de algunas autoridades de la iglesia polaca. En primer lugar, no veía al comunismo como un régimen que fuera a prolongarse en el tiempo, sino como una anomalía pasajera. Esta era una convicción que compartía con otros líderes políticos de la época (como Ronald Reagan y Margaret Thatcher) y que lo alejaba de las convicciones predominantes en el Departamento de Estado norteamericano y en la propia curia romana. En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, el nuevo papa no creía que fuera necesario intentar convivir con el régimen comunista, sino que había que ayudarlo a caerse. En tercer lugar, Juan Pablo II era muy ortodoxo en cuestiones de fe y rechazaba

la politización de la religión, pero creía que la defensa de la fe religiosa conducía a la defensa de las libertades políticas: estaba dispuesto a luchar contra la opresión (y en particular contra la opresión proveniente del estado) pero era capaz de hacerlo sin aproximarse al estilo ni a los métodos de los políticos. Por último, era un papa que buscaba el contacto directo con la gente y lograba grandes éxitos de comunicación: en los primeros seis años de su pontificado visitó 36 países, y en cada uno de ellos protagonizó grandes actos de masas.

Las autoridades de Varsovia estaban aterradas ante la posibilidad de que ese papa polaco y carismático volviera a la Iglesia Católica en su contra. Y eso fue exactamente lo que ocurrió. Cuando Juan Pablo II llegó a Polonia en junio de 1979, tuvo un recibimiento como casi nadie había tenido en la historia del país. Se calcula que uno de cada cuatro polacos asistieron a alguna de las misas campales que presidió durante su estadía. En todos esos encuentros su discurso era muy claro: no llamaba a una rebelión armada, sino a la construcción de una nueva Polonia apoyada en movimientos e instituciones que no dependieran del gobierno.

Al año siguiente de su viaje se fundó el sindicato Solidarida*d:* una organización de inspiración católica y respaldada por un importante grupo de intelectuales, pero independiente de toda organización política.

Solidaridad nació en agosto de 1980, en el marco de grandes huelgas contra un conjunto de medidas económicas del gobierno. En los Astilleros Lenin de la ciudad de Gdansk (antes conocida como Danzig), los dirigentes sindicales comunistas, que eran funcionarios rentados del gobierno, intentaron persuadir a los trabajadores de que abandonaran las protestas. Pero fueron duramente enfrentados por un grupo de sindicalistas locales, el más visible de los cuales era un electricista llamado Lech Walesa. Los trabajadores apoyaron masivamente a Walesa y la huelga se prolongó hasta jaquear al gobierno. La prensa internacional distribuyó en todo el mundo las imágenes de las mujeres de Gdansk alcanzando comida a sus maridos a través de las rejas del astillero, y de cientos de huelguistas haciendo fila para confesarse ante curas católicos.

El gobierno se vio obligado a elegir entre una represión a gran escala que sería condenada por el planeta entero o una salida negociada. Finalmente, y tras dos semanas de huelga, optó por el segundo camino. A esa altura, más de 200 fábricas de todo el país se habían sumado a la huelga.



△ **Lech Walesa:** victoria en los Astilleros Lenin.

Las reivindicaciones iban más allá de simples demandas salariales. La lista de 21 puntos que presentaron los trabajadores incluía reclamos tales como el reconocimiento de la libertad sindical (es decir: la posibilidad de organizar sindicatos que no fueran comunistas), el respeto de la libertad de expresión y del derecho de huelga, la liberación de opositores que estaban encarcelados y la restitución de trabajadores que habían sido destituidos tras las huelgas de 1970 y 1976. También se incluían demandas más específicamente laborales, como el aumento del salario mínimo y las jubilaciones, la mejora de los servicios de salud y la abolición del trabajo durante los fines de semana.

Tras largos días de discusiones, el domingo 31 de agosto se firmaron lo que se conoce como los "Acuerdos de Gdansk". Pese a que en la ceremonia se dijo que no había vencidos ni vencedores, el país entero lo festejó como un triunfo de los trabajadores. La liberación de los presos generó una ola de festejos en las fábricas y en las calles. La autorización de sindicatos no comunistas fue vista como un punto de quiebre en la historia del país. El hecho de que muchos de los acuerdos económicos quedaran incumplidos no empañó la inmensa victoria política que se había obtenido. Al final de la huelga, Solidaridad y Walesa habían alcanzado una estatura épica. Por primera vez una gran huelga triunfaba detrás de la cortina de hierro. Solidaridad había dejado de ser un sindicato para convertirse en un inmenso movimiento ciudadano. Uno de sus documentos programáticos decía: "La historia nos enseña que no hay pan sin libertad".

Tras los Acuerdos de Gdansk, los dirigentes de Solidaridad tuvieron claro cuál



△ **General Wojciech Jaruzelski:** represión antiobrera en versión comunista.

era el camino a seguir: una combinación de medidas de fuerza y negociaciones permitiría ir erosionando el control del Partido Comunista sobre la sociedad polaca y avanzar hacia mayores márgenes de libertad. La clave del éxito estaba en mantener los componentes que habían dado fuerza al movimiento hasta entonces: un amplio respaldo popular (Solidaridad llegaría a tener casi diez millones de afiliados), el apoyo de una generación de intelectuales fuertemente comprometidos con la libertad política y la exclusión de toda forma de violencia como método de lucha.

Pero el gobierno polaco estaba preocupado y sufría crecientes presiones de Moscú, que exigía un mayor control de la situación. A lo largo del año 1981, el clima se fue deteriorando progresivamente. El gobierno intentaba desprestigiar al movimiento naciente, pero los resultados que obtenía eran casi nulos. La manida acusación de que Solidaridad era un instrumento de la CIA tenía poca credibilidad en un país donde uno de cada cuatro habitantes estaba afiliado a la organización.

El 10 de ese febrero asumió como primer ministro el general Wojciech Jaruzelski, un representante del ala dura que se propuso poner orden en el país. El 19 de marzo, y como protesta ante un episodio de violencia contra tres dirigentes del movimiento, Solidaridad convoca a una huelga que paraliza al país (fue la huelga más grande en toda la historia de Europa del Este). El 18 de octubre, y como resultado de presiones que llegaban desde el Kremlin, el general Jaruzelski es designado como nuevo jefe del Partido polaco. El 3 de diciembre, la dirigencia de Solidaridad anuncia que lanzará una huelga general si las políticas del gobierno se siguen endureciendo.

La respuesta de Jaruzelski fue brutal. El 13 de diciembre declaró el estado de guerra y ordenó encarcelar a unos cinco mil dirigentes y activistas del sindicato. Se restableció la censura de prensa y las tropas del ejército volvieron a patrullar las calles. En cuestión de horas, Polonia pasó a vivir en un clima de dictadura. Para despejar completamente las dudas, en las horas siguientes se instaló un Consejo Militar de Salvación Nacional.

El giro represivo no consiguió terminar con la oposición. Las protestas y las huelgas continuaron casi sin interrupción. La circulación de folletos y diarios opositores se intensificó. En abril de 1982 Solidaridad se dio una dirección clandestina. Las manifestaciones se sucedían en las fábricas y los centros de estudio.

El gobierno de Jaruzelski respondía a esos actos con creciente brutalidad.

La guerra de los servicios secretos

Durante toda la Guerra Fría, estadounidenses y soviéticos hicieron grandes esfuerzos para espiarse mutuamente y obtener información sobre lo que ocurría en las zonas sensibles del planeta. En 1947 los estadounidenses fundaron la CIA, que inicialmente recopilaba información provista por otros servicios. Los soviéticos tenían sistemas de información muy desarrollados en su propio territorio, pero en 1954 los reorganizaron para dar mayor importancia a las acciones de inteligencia en el exterior. Ese fue el origen del KGB.

Los servicios secretos libraron durante años una guerra que incluyó actos de espionaje y contraespionaje, atentados, operaciones encubiertas e intentos para derribar regímenes extranjeros. Se calcula que, durante la Guerra Fría, solo los norteamericanos cumplieron unas 900 operaciones de este tipo. En el Este se planificaron algunas acciones que conmovieron al mundo. Por ejemplo, hoy se sabe con bastante certeza que el atentado que sufrió el papa Juan Pablo II, fue organizado por agentes búlgaros como respuesta a su intervención en la situación polaca.

Pero los servicios secretos resultaron ser mucho menos útiles y poderosos de lo que muchos creían. En primer lugar, ninguno de los acontecimientos que tuvieron real trascendencia política fueron fabricados (ni siquiera sustancialmente incentivados) por ellos. No lo fue la revolución cubana, ni los levantamientos de Alemania Oriental en 1953 y Hungría en 1956, ni la Primavera de Praga de 1968, ni el triunfo electoral de Allende en 1970, ni el triunfo de la revolución sandinista en 1979, ni la creación del sindicato polaco Solidaridad en 1980, ni la caída del muro de Berlín en 1989. Todos esos episodios ocurrieron a la luz del día y tuvieron como protagonistas a ciudadanos comunes.

En segundo lugar, los servicios secretos demostraron ser bastante poco eficaces para anticipar acontecimientos. La lista de fracasos de la CIA resulta particularmente asombrosa. Pese a toda su fama, la agencia fracasó en informar al gobierno estadounidense sobre la inminencia de hechos tan decisivos como la invasión de Corea del Norte a Corea del Sur en junio de 1950, la intervención de China en la Guerra de Corea en noviembre de ese año, la invasión rusa a Checoslovaquia en 1968, la ofensiva árabe contra Israel en octubre de 1973, la caída del muro de Berlín en 1989, el colapso de la Unión Soviética en 1991, la invasión iraquí a Kuwait en 1990 y los ataques a las Torres Gemelas en 2001. ■

El 16 de diciembre de 1981, las fuerzas armadas dispararon contra mineros en huelga, matando a 9 e hiriendo a 22. El 8 de octubre de 1982, Solidaridad fue ilegalizado. El 19 de octubre de 1984, el joven sacerdote Jerzy Popieluszko, conocido por sus vínculos con los sindicalistas, fue secuestrado y asesinado por las fuerzas de seguridad. Miles de personas asistieron a su funeral, que se realizó el 3 de noviembre tras haber sido ubicados los restos.

Pero ninguno de estos excesos, ni todos ellos en conjunto, conseguían traer tranquilidad al régimen. De hecho, los únicos resultados visibles eran la consolidación de la imagen de Jaruzelski como un dictador militar y un aumento del apoyo internacional hacia Solidaridad. El régimen recibió un duro golpe el 5 de octubre de 1983, cuando Lech Walesa recibió el Premio Nobel de la Paz. (El gobierno se negó a otorgarle un pasaporte y el premio fue recibido por su esposa, que pudo viajar a Estocolmo). Mientras tanto, las dificultades económicas aumentaban y el descontento interno crecía. Para peor, en marzo de 1985 Mikhail Gorbachov asumió como secretario general del Partido Comunista soviético. La línea dura ya no encontraría apoyo en Moscú.

En 1988, una ola de gigantescas huelgas que empezaron en abril y continuaron intermitentemente hasta agosto obligaron a que se iniciara una ronda de negociaciones. Las conversaciones empezaron el 31 de agosto de ese año pero se bloquearon en octubre. Una segunda ronda se inició en febrero de 1989. Las "Conversaciones de la Mesa Redonda" terminaron por cambiar la historia del país. El 17 de abril de 1989, Solidaridad volvió a tener reconocimiento legal. El 4 de junio se organizaron unas elecciones cargadas de restricciones para instalar un Senado y una Cámara Baja. El Partido Comunista se aseguró de antemano dos tercios de las bancas, pero los candidatos de Solidaridad ganaron prácticamente todos los cargos que estaban realmente en disputa. El resultado fue una total deslegitimación del predominio comunista a ojos de la ciudadanía.

El 24 de agosto de ese año se produjo un complejo movimiento político: el general Jaruzelski renunció como secretario general del Partido Comunista y uno de los principales líderes intelectuales de Solidaridad, Tadeusz Mazowiecki, fue designado primer ministro. Pero Jaruzelski retuvo el cargo de jefe de estado (un puesto con escaso peso político).

Con la llegada al poder de Mazowiecki, se instalaba en Europa Oriental el primer gobierno no comunista en casi medio siglo. En los meses y años siguientes,

El fin del comunismo checo

En febrero de 1948, el gobierno checo cometió el error de anunciar que aspiraba a ingresar al Plan Marshall: un programa de recuperación económica que Estados Unidos impulsaba en Europa. Las tropas soviéticas dieron de inmediato un golpe de estado e instalaron en el poder a un dirigente estalinista llamado Klement Gottwald. Desde entonces, Checoslovaquia tuvo un régimen de partido único controlado por los comunistas. Las libertades políticas y económicas desaparecieron. El derecho a abandonar el país fue eliminado.

En enero de 1968, el dirigente reformista Alexander Dubcek fue elegido secretario general del Partido Comunista checo. Era la época en la que Khrushchev denunciaba los crímenes de Stalin, de modo que Dubcek y sus aliados apostaron a construir un "socialismo con rostro humano". Pero Dubcek quería introducir demasiadas libertades. En agosto del mismo año, las fuerzas del Pacto de Varsovia invadieron Checoslovaquia y lo derrocaron.

Desde entonces no hubo intentos visibles de resistencia en Checoslovaquia. Pero los ciudadanos seguían esperando una oportunidad, y no dudaron en aprovecharla cuando apareció en 1989.

En Polonia, el movimiento Solidaridad había logrado un resonante triunfo electoral y en agosto había instalado un primer ministro no comunista. En Hungría, un gobierno provisional había sustituido al régimen prosoviético en octubre. Erich Honecker había sido depuesto ese mismo mes en Alemania Oriental. A principios de noviembre, Todor Zhivkov había caído en Bulgaria. El 9 de ese mes había caído el muro de Berlín. Entonces los checos decidieron actuar.

El 17 de noviembre de 1989, una manifestación estudiantil que reunió a unos 15 mil estudiantes fue violentamente reprimida en el centro de Praga. El hecho desencadenó una huelga estudiantil y llevó a que se produjeran manifestaciones cada vez más numerosas en todo el país. El 19 de noviembre eran 200 mil. El 20 llegaron a medio millón. El 27 de noviembre se realizó un paro general en toda Checoslovaquia y en las calles de Praga se concentraron 800 mil personas. Durante esos días, los escritores, actores y artistas plásticos se organizaron para dar su apoyo a las protestas estudiantiles. Por primera vez en mucho tiempo se escuchaban consignas que eran tabú, como los reclamos en favor de los presos políticos o la exigencia de poner fin al régimen de partido único. El 22 de noviembre, los trabajadores de la televisión estatal reclamaron su derecho a informar lo que estaba ocurriendo. De golpe, todos parecían haber perdido el miedo.

Las autoridades comunistas no sabían hasta dónde iba a escalar la protesta. Y como todos los gobiernos de la zona, supieron que solo les quedaban dos opciones: o embarcarse en una feroz represión que los conduciría a una dura condena internacional, o ceder terreno. Y, al igual que casi todos sus vecinos, optaron por el segundo camino.

El 29 de noviembre, las autoridades del Partido Comunista checo anunciaron el fin del sistema de partido único. El 30 decidieron levantar la cortina de hierro. En las horas siguientes fueron eliminadas las alambradas de púa que durante décadas habían cerrado las fronteras con Alemania Occidental y Austria. El 4 de diciembre, 250 mil personas se habían trasladado a este último país.

El 8 de diciembre se declaró una amnistía para los presos políticos y el 10 de diciembre renunció el presidente Gustáv Husák. En su lugar se instaló el primer gobierno de mayoría no comunista que conocía el país desde 1948. El 28 de diciembre, Alexander Dubcek fue designado líder del Parlamento. Al día siguiente, el escritor disidente Václav Havel fue designado presidente de la República.

En los meses siguientes el Partido Comunista perdió a una gran parte de sus afiliados. Las libertades políticas se restablecieron plenamente y se convocó a elecciones libres para junio de 1990.

Muy pronto, sin embargo, empezaron los conflictos entre las dos comunidades nacionales que conformaban el país: los checos y los eslovacos. Muchos pensaron que, una vez eliminado el férreo control del Partido Comunista, la paz social desaparecería y daría lugar a feroces enfrentamientos. Pero los habitantes de la antigua Checoslovaquia demostraron ser capaces de manejar el conflicto de manera civilizada y pacífica.

El 17 de julio de 1992, en una votación especial del Parlamento, se decidió reconocer la independencia del pueblo eslovaco. El 1º de enero de 1993 Checoslovaquia dejó de existir y dio lugar al nacimiento de dos nuevos países: la República Checa y Eslovaquia. En ambos se instalaron gobiernos no comunistas. Los antiguos checoslovacos mostraron un camino para resolver conflictos que, lamentablemente, no fue seguido por los yugoslavos. ■

Polonia avanzaría hacia una democracia plena e instalaría una economía de mercado que, tras unos comienzos difíciles, resultó razonablemente exitosa. El 9 de diciembre de 1990 se realizaron las primeras elecciones verdaderamente libres, en las que ganó el antiguo líder sindical Lech Walesa. En el momento de asumir el cargo, Walesa se convirtió en el primer presidente de la Polonia pos comunista.

Alemania Oriental y el fin de la cortina de hierro

Los observadores extranjeros creían que la República Democrática Alemana tenía la economía más sólida del Este europeo. Esta opinión era compartida por los servicios de inteligencia occidentales. El gobierno había conseguido ocultar que vivía de prestado desde mediados de los años setenta. La industria estaba obsoleta y el rendimiento económico no se parecía al que reflejaban las cifras oficiales.

La espiral de endeudamiento había empezado en 1975. Los créditos se habían pedido inicialmente para cubrir el déficit de las cuentas públicas y luego para pagar los intereses de créditos anteriores. El 13 de diciembre de 1981 se declaró el estado de guerra interna en Polonia y los países occidentales reaccionaron cortando todas las líneas de crédito a los países de la esfera comunista. Alemania Oriental quedó al borde del *default.*

Para salir del problema, el presidente Erichh Honecker inició una serie de negociaciones con un socio improbable: Franz Josef Strauss, una de las figuras políticas más claramente ubicadas a la derecha en la vida política de Alemania Occidental. En su calidad de ministro presidente de Baviera (el estado más rico del país), Strauss consiguió que Alemania Federal saliera como garantía de dos enormes créditos entregados en 1983 y 1984. A cambio de eso, logró "facilidades humanitarias" para que los habitantes de la Alemania comunista pudieran viajar a la Alemania capitalista. Los efectos fueron muy visibles en la época: los permisos de traslado desde el Este al Oeste pasaron de 139 mil en 1985, a 573 mil en 1986, a casi 1,3 millones en 1987.

Una consecuencia no esperada por el régimen comunista fue que el número de solicitudes fue mucho mayor que el número de autorizaciones que el gobierno estaba dispuesto a otorgar. La cantidad de personas que pasaba al Oeste efectivamente crecía, pero más crecía el número de pedidos que eran rechazados. El resultado global era un aumento del descontento y las tensiones internas. En 1988, la dirección política del Partido Comunista de Alemania Oriental concluyó que el sistema tenía efectos desestabilizadores y decidió clausurarlo.

El aumento de las restricciones a la libertad de movimiento cayó en un mal momento político. Desde 1987 se sucedían en Alemania Oriental las manifestaciones callejeras a favor de las reformas de Gorbachov. En 1988 habían sido expulsados del país los organizadores de un acto en honor a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, los fundadores del Partido Comunista alemán. La consigna central del acto había sido una frase acuñada por Rosa: "Libertad es también libertad de los que piensan distinto".

Pese al notorio crecimiento del descontento, las autoridades de Alemania Oriental habían adoptado una línea de rechazo cerrado a las reformas. Mientras en Polonia, Hungría, Checoeslovaquia y la propia Unión Soviética se iniciaba la apertura, los dirigentes de la Alemania comunista seguían aplicando los viejos métodos. En mayo de 1989 se realizaron elecciones comunales y, una vez más, los candidatos del gobierno ganaron con un inverosímil 98,85 por ciento de los votos. Pero esta vez las cosas fueron diferentes. Numerosos grupos opositores manifestaron en la calle, autoridades eclesiásticas cuestionaron los resultados y hasta hubo comentarios críticos de algunos dirigentes del Partido. La alta dirigencia, sin embargo, prefirió no darse por enterada. La visión predominante en el entorno de Honecker era que todos los gobiernos comunistas que estaban aceptando reformas iban camino a perder el control. Y ese era un punto en el que no se equivocaban.

Pero sí se equivocaron en pensar que al mantener la línea dura iban a evitar dificultades. El 2 de mayo de 1989, el gobierno húngaro empezó a desmantelar los alambrados electrificados que separaban a Hungría de Austria. Los ciudadanos de Alemania Oriental percibieron rápidamente la oportunidad que se les abría: masivamente se trasladaron a Hungría (supuestamente a pasar sus vacaciones) y los más osados pasaron a Austria sin que nadie los detuviera. Otros optaron por refugiarse en las embajadas de Alemania Federal en Praga y Budapest. A principios de setiembre ya había unos 60 mil alemanes orientales instalados en Hungría. El 10 de ese mes, el canciller húngaro Gyula Horn declaró ante cámaras que, si esos ciudadanos querían cruzar la frontera en dirección de Austria, tenían todo el derecho a hacerlo. En menos de 72 horas, unos 25 mil alemanes orientales habían cruzado la frontera y estaban del otro lado de la cortina de hierro.

Largas caravanas de alemanes orientales se pusieron en marcha hacia Hungría. El gobierno de Alemania Oriental protestó enérgicamente, pero el gobierno húngaro desestimó públicamente las protestas, lo que aceleró aun más el éxodo. Para aliviar la tensión y crear mejores condiciones para negociar, los gobernantes de la Alemania comunista decidieron facilitar el traslado a Alemania Federal de quienes se habían refugiado en las embajadas de Varsovia y Praga. El traslado se hizo en vagones sellados que atravesaban Alemania Oriental. Pero las cosas no salieron como Honecker esperaba: el paso de los trenes se convirtió en

La trayectoria electoral de los partidos comunistas

En la mayor parte de los antiguos países comunistas, los partidos comunistas (que habían gobernado durante décadas en nombre del pueblo) perdieron rápidamente el apoyo popular una vez que se dio a los ciudadanos una auténtica oportunidad de votar. Estos son los resultados que obtuvieron los antiguos partidos de gobierno en las primeras elecciones competitivas que se hicieron en los diferentes países.

Alemania Oriental	1990:	16,0 %
Bulgaria	1990:	47,1%
	1991:	33,1%
República Checa	1990:	13,3%
	1992:	14,1%
Eslovaquia	1990:	13,9%
	1992:	14,7%
Estonia	1992:	1,6%
Hungría	1990:	10,9%
Latvia	1993:	5,8%
Lituania	1992:	42,6%
Polonia	1991:	12,0%
	1993:	20,4%
Rumania	1990:	66,3%
	1992:	27,7%

Fuente: John T. Ishiyama: "Communist Parties in Transition". *Comparative Politics* 27, 1 (enero 1995, p. 157).



△ **Váklav Havel:** escritor, disidente, primer presidente de la Checoslovaquia poscomunista.

una marcha triunfal. Miles de personas se volcaron a las vías para vitorear a los refugiados. Durante una escala técnica en Dresde, unas cinco mil personas intentaron subirse a los vagones pero fueron brutalmente reprimidas ante los periodistas del mundo entero.

En este nuevo clima, el gobierno no pudo impedir que nacieran las primeras organizaciones opositoras. El 2 de octubre de 1989 unas diez mil personas manifestaron pidiendo reformas democráticas: era la protesta callejera más grande desde el levantamiento de 1953. El 7 de octubre se cumplían los cuarenta años de existencia de la República Democrática Alemana y Gorbachov llegó a Berlín como invitado de honor. En su discurso dijo una frase que se repetiría infinitas veces: "la vida castiga a quien llega tarde". Pero Honecker ignoró la advertencia y, en un acto que pudo ser de engaño o de autoengaño, sostuvo que Alemania Democrática era una de las diez economías más productivas del mundo. Según testigos, Gorbachov no disimuló su sorpresa.

La llegada del líder reformista soviético puso en la calle a 90 mil opositores que coreaban su nombre. En la ciudad de Leipzig, todos los lunes se hacían concentraciones humanas que reunían cada vez a más personas. Dentro del partido de gobierno se produjo un quiebre. La vieja línea dura pedía represión. Los dirigentes más jóvenes (es decir, quienes rondaban los cincuenta años) sabían que el régimen no podía permitirse una confrontación directa y decidieron destituir a Honecker. Comandados por Egon Krenz, pasaron a retiro a la mayor parte de los antiguos líderes y se propusieron iniciar su propia *perestroika*.

Ni Krenz ni sus colaboradores inmediatos eran auténticos reformistas. Más bien se proponían hacer algunos cambios cosméticos para aliviar la tensión. De todas maneras, y para lograr un golpe de efecto, el primer acto de Krenz consistió en viajar a Moscú para entrevistarse con Gorbachov. Pero ya era tarde para golpes de efecto. Las manifestaciones de Lepzig ya convocaban a unas 300 mil personas, y el 4 de octubre hubo una manifestación en Berlín Oriental que superó el medio

historiareciente

16/25

Una serie de 25 fascículos publicada por el diario El País con el apoyo del **Centro de Estudios Jean-François Revel**.

Dirección de proyecto
Pablo da Silveira

Investigación y redacción
Pablo da Silveira
Francisco Faig
Félix Luna
Enrique Mena Segarra
Martín Peixoto

Asistente
José López

Fotografías
Archivo de El País

Diseño gráfico, armado y corrección
Trocadero

Publicación
El País

Impreso en El País
Depósito legal: 334.251



millón. Ese mismo día Checeslovaquia siguió el ejemplo húngaro y abrió sus fronteras hacia el oeste. En apenas dos días, unos 40 mil alemanes orientales se las arreglaron para hacer el trayecto y cruzar a occidente. La cortina de hierro tenía fisuras cada vez más grandes.

La resistencia del gobierno germano-oriental tenía su lógica. La diferencia esencial entre Alemania Democrática y los demás países de Europa Oriental era la existencia de Alemania Federal. Si Polonia o Hungría abrían sus fronteras a Occidente, no corrían el riesgo de desangrarse: los polacos o húngaros eran extranjeros en cualquier otro país del mundo. Pero no pasaba lo mismo con los alemanes orientales. No solo había una lengua y una historia en común: de acuerdo a la Constitución de Alemania Federal, los residentes en la zona oriental eran ciudadanos con los mismos derechos que sus compatriotas occidentales. Muchos de ellos tenían familiares que vivían allí y los estaban esperando. Si las compuertas se abrían, el país corría el riesgo de sufrir una inmensa sangría. Eso significaría una terrible derrota política ante el mundo, y un gran problema económico debido a la pérdida de la población más calificada.

El gobierno de Krenz se lanzó a una carrera desesperada por hacer concesiones. El 4 de noviembre aprobó una ley de viajes que resultó improvisada y poco realista. Las críticas que recibió provocaron la caída del gabinete y del Politburó del Partido Comunista. En los días siguientes, los asesores del gobierno trabajaron afanosamente para encontrar una solución que evitara el derrumbe total. El resultado de ese trabajo fue anunciado a las seis de la tarde del 9 de noviembre de 1989. En una conferencia de prensa que, por primera vez, fue transmitida en vivo por los medios, el dirigente Günter Schabovski leyó una resolución que permitía viajar a Alemania Occidental sin condiciones. Un periodista italiano quiso saber a partir de cuándo regía la ley. Schabovski no estaba preparado para la pregunta (de hecho, no tenía el hábito de que un periodista le hiciera preguntas) y respondió algo turbado que a su entender ya estaba vigente.

La noticia se expandió como un relámpago y una gran masa humana se aglomeró junto al muro de Berlín, en los puntos de pasaje hacia el lado occidental. Pocas horas más tarde habían cruzado unas 50 mil personas. A esa altura muchos se atrevían a subirse sobre la mítica pared y mirar hacia el otro lado. Pronto empezaron los esfuerzos por abrir huecos en el duro hormigón.

En pocas horas, el mundo tomó conciencia de lo que había ocurrido: el muro que había sido construido para preservar a la Alemania comunista había terminado por destruirla. Periodistas de todo el mundo viajaron a Berlín para registrar el fin del símbolo más emblemático de la Guerra Fría. En las semanas siguientes fueron abriéndose más y más brechas. Se calcula que hacia Navidad habían cruzado unos 2.4 millones de alemanes orientales, es decir, uno cada seis de sus habitantes.

El gobierno de Alemania Oriental siguió maniobrando desesperadamente para intentar salvar algo del naufragio. El 1º de diciembre, el Parlamento resolvió por unanimidad eliminar la cláusula constitucional que le asignaba al Partido Comunista un papel dirigente. Cuatro días más tarde renunció el Politburó en pleno. Para adaptarse a los nuevos tiempos el partido expulsó a sus antiguos líderes y pasó a llamarse Partido del Socialismo Democrático (PDS). En reuniones con grupos opositores se acordó convocar a elecciones libres.

El último objetivo que intentó el gobierno del este fue asegurar la existencia de Alemania Oriental como país independiente. Curiosamente, en este punto coincidieron con algunos líderes de la oposición organizada. Pero esa pretensión fue rápidamente superada por una gigantesca ola de manifestaciones populares que reclamaban la unificación. La gente en las calles coreaba *"Wir sind ein Volk!"* ("¡somos un pueblo!"). Como se vio poco después en las primeras elecciones libres que se realizaron, la gente no quería reformar el país: quería unirse a Alemania Federal. La idea despertaba resistencias dentro de la propia Alemania y muy especialmente entre los antiguos enemigos de Hitler: Francia, el Reino Unido, la propia Unión Soviética. Todos recordaban el pasado belicista alemán y creían que la división en dos Alemanias había sido una garantía para la paz.

Pero un político alemán comprendió mejor que nadie el mensaje dado por los ciudadanos de la República Democrática: el canciller de Alemania Occidental, el democristiano Helmut Kohl. Al principio Kohl tuvo tantas dudas como el resto, pero cuando vio la convicción con la que los ciudadanos del Este se orientaban hacia el Oeste se transformó en el abanderado de la unificación. Tenía además un argumento muy práctico: todos los días, dos mil alemanes del Este emigraban hacia el Oeste. La alternativa era entre una Alemania reunificada o casi todos los alemanes viviendo en la República Federal. En su campaña a favor de la reunificación, Kohl recibió el apoyo de una figura histórica de la socialdemocracia: el ex canciller Willy Brandt. En un discurso que lo devolvió al primer plano, Brandt sostuvo: "ahora crece unido lo que siempre debió estar junto".

El 18 de mayo de 1990, las dos Alemanias firmaron un acuerdo de "unión financiera, económica y social" que em-

El revisionismo según Edgard Morin

En el año 1956, el nuevo líder de la Unión Soviética, Nikita Khrushchev, hizo un célebre informe ante el Vigésimo Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. En ese discurso, Khrushchev denunció los crímenes cometidos durante la época de Stalin y los presentó como flagrantes violaciones de los derechos humanos. El informe marcó un cambio de clima favorable dentro de la Unión Soviética, pero dejó en mala posición a los partidos comunistas de los países occidentales.

Edgard Morin, un pensador francés que fue comunista en su juventud y luego se afilió al Partido Socialista, resumió en su libro *Para salir del siglo XX* la estrategia adoptada en esos años:

Es bien conocido el argumento del caldero, citado por Sigmund Freud. Un hombre es acusado de no haber devuelto el caldero que le prestó su vecino. En el curso del proceso, responde:

1) Nunca me prestó un caldero.
2) El caldero estaba en muy mal estado.
3) Ya se lo devolví.

Del mismo modo, en el proceso al Gulag, el Partido nos dijo:

1) ¡Es falso! ¡Innoble calumnia antisoviética!
2) Es exagerado.
3) Ya pasó.

La misma pauta se repitió una y otra vez a medida que se desmoronaba el bloque soviético: los crímenes, la corrupción y la ineficiencia se reconocían solo después de que los regímenes habían dejado de existir. Y la misma pauta funciona todavía en el caso de Cuba. ■



pezó a regir el 1º de julio de ese año. El principal componente de la unificación fue la integración de la antigua Alemania Democrática al sistema monetario de Alemania Federal. El 23 de agosto de 1990, el Parlamento de la República Democrática aprobó su ingreso a la República Federal. Una semana más tarde, ambos estados firmaron el contrato correspondiente. El 3 de octubre de 1990, la República Democrática Alemana dejó de existir oficialmente. El día anterior había expirado el mandato de las cuatro potencias vencedoras sobre la ciudad de Berlín. Era el fin de una de las batallas más duras de la Guerra Fría. ■

BIBLIOGRAFÍA

Ash, Timothy, Garton: *The Magic Lantern. The revolution of '89 Witnessed in Warsaw, Budapest, Berlin and Prague.* Nueva York, Vintage Books, 1999.

Ash, Timothy, Garton: *Historia del Presente.* Barcelona, Tusquets, 2000.

Ash, Timothy, Garton: *The Polish Revolution.* New Haven y Londres, Yale University Press, 2002.

Bennett, Andrew: *Condemned to Repetition? The Rise, Fall, and Reprise of Soviet-Russian Military Interventionism, 1973-1996.* Cambridge, Mass., MIT Press, 1999.

Bernstein, Serge y Milza, Pierre: *Histoire du vingtième siècle, de 1953 à nos jours.* París, Hatier, 1991.

Dahrendorf, Ralf: *Der Wiederbeginn der Geschichte, Munich, C.H.* Beck, 2004.

Gaddis, John L.: *The Cold War. A New History.* Nueva York, Penguin, 2005.

Hertle, Hans-Hermann: *Chronik des Mauerfalls.* Berlín, Ch. Links Verlag, 2006.

Hobsbawm, Eric: *Historia del Siglo XX.* Barcelona, 1995.

Hook, Steven y Spanier, John: *American Foreign Policy Since World War II.* Washington, Congressional Quarterly Press, 2007.

Hosking, Geoffrey: *A History of the Soviet Union.* Londres, Fontana Press, 1990.

Judt, Tony: *Geschichte Europas von 1945 bir zur Gegenwart.* Munich y Viena, Carl Hanser Verlag, 2006.

Kappeler, Andreas: *Russland als Vielvölkerreich.* Munich, C.H. Beck, 1992.

Krishtoff, Lena y Skelley, Eva: *Perestroika. The Crunch is Now.* Moscú, Progress Publishers, 1990.

Lourie, Richard: *Sakharov. A Biography.* Hanover y Londres. Brandeis University Press/ University Press of New England, 2002.

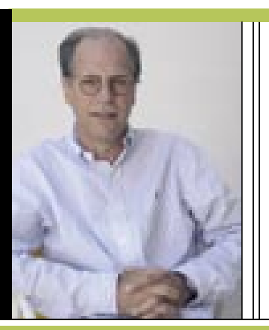
Matlock, Jack: *Reagan and Gorbachev. How the Cold War Ended.* Nueva York, Random House, 2004.

Moynahan, Brian: *Das Jahrhundert Russlands.* Munich, Goldmann Verlag, 2001.

Murphy, David, et ál: *Battleground Berlin: CIA vs. KGB in the Cold War.* Yale UP, 1997.

Solovyov, Vladimir y Klepikova, Elena: *Boris Yeltsin. Biografía política.* Buenos Aires, Emecé, 1992

Wolf, Markus: *Man Without a Face.* Nueva York, Public Affairs, 1999. ■



La caída del muro de Berlín

Por Martín Peixoto

En la mañana del 9 de noviembre de 1989, un equipo del Ministerio del Interior de Alemania Oriental se reunió para buscar una fórmula que cumpliera un doble objetivo: abrir las fronteras hacia el Oeste para calmar a la población, pero impedir una fuga en masa. Tras horas de trabajo, los funcionarios se pusieron de acuerdo en el siguiente texto: "Podrán ser solicitados viajes privados al extranjero sin condiciones previas (…). Los permisos se concederán en plazos breves. Solo se denegarán en casos excepcionales".

Los funcionarios estaban satisfechos. Detrás del gris lenguaje burocrático se escondía una trampa: para viajar harían falta pasaporte y visa de salida. Dado que solo 4 millones de ciudadanos tenían pasaporte, no había riesgos de que el país se vaciara. Además, las expresiones "podrán ser solicitados" y "se concederán en plazos breves" daban a los organismos oficiales un buen margen de discrecionalidad.

El texto se envió al Comité Central, que en esas horas estaba sesionando. Los acontecimientos se sucedían con rapidez y había mucho que resolver. Para las seis de la tarde estaba fijada una conferencia de prensa en la que se comunicarían las decisiones de la jornada. La novedad era que los miembros del gobierno presentes aceptarían preguntas de los periodistas. Además, la conferencia sería transmitida en vivo por radio y televisión. Nunca había ocurrido algo así en el país.

En una pausa de la sesión del Comité Central, el secretario general Egon Krenz presentó el texto a los miembros del Politburó (la dirección política del Partido). También les informó que el gobierno checo urgía que se tomaran medidas para evitar que los alemanes orientales siguieran usando su territorio para llegar a Alemania Occidental. Los miembros del Politburó entendieron la gravedad de la situación y dieron luz verde. Luego lo aprobó el Comité Central, con algunos añadidos. En particular, se especificó que la salida se podría realizar por todos los puestos fronterizos, incluidos los que conducían a Berlín Occidental. Nadie notó que la fórmula podía dar lugar a una interpretación distinta.

La sesión del Comité Central se prolongó hasta tarde. Gunter Schabovski, miembro del Politburó y encargado de dar la conferencia de prensa, pasó por la sede del Comité Central y recibió un manojo de papeles entre los que estaba la notificación. Schabovski la leyó rápidamente y no percibió su alcance. Tampoco tenía experiencia en dialogar con periodistas.

Durante la conferencia, Schabovski adoptó un tono cansino. Su idea era salir del paso sin hablar mucho. Pero el periodista Riccardo Ehrman, corresponsal de la agencia de noticias italiana ANSA, pidió el micrófono para preguntar sobre la ley de regulación de viajes que se había aprobado días atrás. Esa norma había sido muy criticada y se esperaban cambios. Entonces Schabovski recordó que tenía una notificación sobre el tema y la leyó en voz alta. Mientras lo hacía, su rostro iba reflejando desconcierto. Ehrman lo interrumpió para preguntarle a partir de cuándo regía la disposición. Schabovski revisó los papeles y respondió inseguro: "A mi entender... empieza a regir ahora, de inmediato". Otro periodista preguntó si la disposición también valía para quienes querían pasar a Berlín Occidental. Perturbado, Schabovski leyó el pasaje donde se mencionaba el punto.

La prensa supo de inmediato que tenía una gran noticia. A las ocho de la noche, uno de los canales de Alemania Occidental empezó el informativo diciendo que Alemania Democrática abría sus fronteras. El periodista terminó su informe anunciando: "También el muro se abrirá esta noche". Eso era bastante más de lo que había dicho Schabovski y mucho más de lo que habían pretendido los redactores de la fórmula. La agencia DPA fue aun más lejos. En una nota despachada ese día, tituló: "Sensación: la República Democrática Alemana abre las fronteras hacia Alemania Federal y Berlín Oeste". Solo la televisión de Alemania Oriental mantuvo silencio, esperando instrucciones que nunca llegaron.

A las ocho de la noche empezó a aglomerarse gente en distintos puntos fronterizos de Berlín Oriental. Del otro lado, en *Checkpoint Charlie*, el más emblemático de los puntos de pasaje, grupos de berlineses occidentales se acercaban llevando botellas de champagne. Los guardias, desconcertados, clausuraron la frontera.

El puesto de la calle *Bornholmer* fue asediado por una multitud. Los guardias advirtieron a sus superiores que la situación se estaba volviendo incontrolable y pidieron instrucciones. Finalmente recibieron órdenes de dejar pasar a los más insistentes, previo sellado de la foto del pasaporte como señal de que no se les dejaría retornar. Pero, en cuanto se inició el lento proceso, la multitud empezó a presionar. Los guardias, superados por la situación, decidieron dejar pasar sin más formalidades. Algo similar ocurría en el puesto de la *Sonnenallee*. Eran las nueve y veinte de la noche.

Todo Berlín se convulsionó. Los teléfonos sonaban en todos los hogares. La población de ambos lados se abrigaba (era una noche fría y húmeda) y salía rumbo al muro: unos cruzaban los puestos fronterizos y otros les daban la bienvenida. Las calles eran una fiesta. Los berlineses se abrazaban y se pasaban botellas de *Sekt*. La policía de Berlín Occidental recibió permiso para colaborar con sus colegas del Este y regular el tránsito en las bocas de salida.

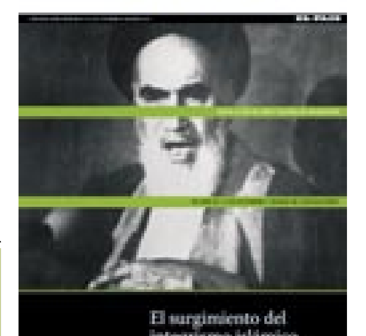
Un gran grupo de berlineses occidentales se dirigió hacia la puerta de Brandenburgo y trepó el muro. Muchos saltaron al otro lado. Los guardias intentaron dispersarlos lanzando agua, pero fracasaron. Los canales de televisión enviaban imágenes al mundo entero. No había otro lugar tan cargado de símbolos. De pronto aparecieron los primeros martillos y cinceles que hacían saltar pedazos del muro.

Las autoridades occidentales clausuraron el tráfico en la *Kurfürstendamm* (la principal avenida de Berlín Oeste) y allí se congregó una multitud hasta la madrugada. Había un silencio sobrecogedor. La gente se observaba con curiosidad, tal vez cansada de tantas emociones. Los berlineses del este que volvían a sus casas se despedían diciendo: "Ya volvemos". ■



Martín Peixoto. Uruguayo, nacido en 1951. Egresado en Sociología Política de la Universidad Libre de Berlín (Alemania Federal). Reside en esa ciudad desde 1974. Es autor de *La alternativa parlamentarista* (en colaboración con Carlos Pareja y Romeo Pérez) y de artículos de su especialidad en diversas revistas académicas.





PRÓXIMO FASCÍCULO

17/25

El surgimiento del integrismo islámico

historiareciente